

CAPITULO LXXXVI.

Tlaxcala.



LAXCALA era una de las provincias más importantes del imperio de México.

Ocupaba una extensión de más de cincuenta leguas. El terreno era montuoso y desigual.

La mayor parte de las poblaciones se hallaban establecidas en las cumbres de los collados.

Esta provincia había sido antiguamente un reino; pero la dominación del monarca duró en ella muy poco tiempo.

La guerra civil les obligó, como una transacción, á fundar una especie de república, con lo cual solo consiguieron nombrar muchos reyes para deshacerse de uno solo.

Dividióse el territorio en varias secciones.

Cada uno de ellos nombraba un delegado con la misión de residir en Tlaxcala, donde había un senado, cuyas resoluciones eran acatadas por todos.

Este adelanto en la ciencia de gobernar no pudo menos de asombrar á los españoles.

En esta especie de república, muy semejante á la de Venecia, vivieron largo tiempo, haciendo frente á las ambiciones de los emperadores de México.

Por más esfuerzos que había hecho Moctezuma nada había podido lograr.

Aquel Senado, que tenía un soldado en cada ciudadano, y

que había logrado adherir á su partido á los otomíes, tribu bárbara que habitaba á su lado, como quien dice, había destruido todos los planes invasores de Moctezuma.

Este se había visto obligado á respetar la autonomía de aquella parte del territorio, llevando su ejército por opuesto lado á la conquista de las provincias que acababan de recorrer los soldados de Hernán Cortés.

Todas estas noticias las adquirió el caudillo de los españoles por medio de un anciano indio, que celebró una larga conferencia con Marina.

Supo además que los habitantes de Tlaxcala estaban todos preparados para la guerra, sin poder averiguar la causa de aquella agitación.

Después de abandonar la provincia de Zocotlán, creyó prudente Hernán Cortés detenerse en Xacacingo, á fin de averiguar despacio las causas del movimiento que se notaba en Tlaxcala y de formular sus planes en cuanto lo averiguase.

Al poco tiempo supo que la actitud de Tlaxcala era motivada por las tiranías de Moctezuma. Nada más favorable á sus designios.

Inmediatamente envió un mensaje al Senado de Tlaxcala, para que en él se presentasen Marina y Aguilar á pronunciar en su nombre el consabido discurso.

Instruidos los zempoales que designó, se adornaron con las insignias de embajadores.

Consistían estas en unas mantas de algodón torcido, que colocaban sobre sus hombros y anudaban por los extremos.

En la mano derecha llevaban una saeta larga con plumas en la parte superior.

En el brazo izquierdo una rodela ó escudo hecho con una concha de tortuga.

Los indios conocían el lenguaje simbólico de los colores.

Las plumas rojas en la parte superior de la saeta, anunciaban desde luego una embajada de guerra.

Las blancas indicaban una embajada de paz. Las insignias bastaban para que fuesen los embajadores indios considerados y respetados en las poblaciones que recorrían; pero les estaba de todo punto prohibido abandonar los caminos reales ó carreteras de las provincias adonde iban.

En cuanto los hallaban fuera de ellos, perdían la inmunidad de que iban revestidos.

Hé aquí una prueba de que el instinto había hecho adivinar á los habitantes de aquel país las principales nociones del derecho de gentes.

Adornados, pues, los cuatro zempoales con estos atributos, se pusieron en marcha y llegaron á Tlaxcala.

Nuestros lectores no podrán ménos de maravillarse de todas las particularidades que constituían la civilización de aquella gente.

En Tlaxcala había un palacio, destinado exclusivamente para recibir y alojar á los embajadores que salieran de las tribus, reinos ó provincias que formaban el imperio de México.

Este palacio era conocido con el nombre de Calpisca.

Apénas vieron llegar los de Tlaxcala á los cuatro zempoales los condujeron á la morada en donde debían alojarse con el mayor respeto y consideración, y para el día siguiente fué convocado el Senado.

Esta especie de consejo supremo de los de Tlaxcala se reunía en un salón inmenso, adornado con taburetes de madera de una sola pieza, á los que daban el nombre de yopales.

Los senadores ocupaban sus asientos por orden de antigüedad.

Al llegar los emisarios se levantaron de sus asientos, y los saludaron con las mayores muestras de cortesía.

Segun la costumbre establecida en aquel país, los embajadores levantaron las saetas, y colocaron una parte de los mantos que llevaban sobre su cabeza.

Este era un signo de humildad y sumisión.

Terminada esta ceremonia, avanzaron hasta que entraron en el salón.

Una vez allí, hincaron la rodilla en tierra, y sin levantar los ojos del suelo, aguardaron á que les concedieran el permiso necesario para dirigirles la palabra.

El más antiguo era el que ocupaba el sitio preferente, ó lo que es lo mismo, el que desempeñaba las funciones presidenciales.

—Podeis dar cuenta de vuestra misión, exclamó el presidente.

Los cuatro zempoales se sentaron en el suelo sobre sus piernas, á la usanza de los árabes.

Uno de ellos pronunció estas palabras, que conserva la historia:

—Noble república, valientes y pudorosos Tlaxcaltecas: el señor de Zempoala y los caciques de la Serranía, vuestros caciques y confederados, os envían salud, y deseando la fertilidad de vuestras cosechas y la muerte de vuestros enemigos, os hacen saber que de la parte del Oriente han llegado á su tierra unos hombres invencibles, que parecen deidades, porque navegan sobre grandes palacios, y manejan los truenos y los rayos, armas reservadas al cielo.

«Ministros de otro Dios superior á los nuestros, á quien ofenden las tiranías y los sacrificios de sangre humana; que su capitán es embajador de un príncipe muy poderoso, que con el impulso de su religión desea remediar los abusos de nuestra tierra y las violencias de Moctezuma; habiendo ya redimido nuestras provincias de la opresión en que vivían, se halla obligado á seguir por vuestra república el camino de México y quiere saber en qué os tiene ofendidos aquel tirano, para tomar por suya vuestra causa y ponerla entre las demás que justifican su demanda.

«Con esta noticia, pues, de sus designios, y con esta experiencia de su benignidad, nos hemos adelantado á pedirlos y amonestaros de parte de nuestros caciques y de toda nuestra confederacion, que admitais á estos extranjeros como á bienhechores y aliados de vuestros aliados.

«Y de parte de su capitan, os hacemos saber que viene de paz, y solo pretende que le concedais el paso por vuestras tierras, teniendo entendido que desea vuestro bien, y que sus armas son instrumentos de la justicia y de la razon, que defienden la causa del cielo: benignas por su propia naturaleza, y solo rigurosas con el delito y la provocacion.»

Terminado este discurso, se levantaron los cuatro zempoales y haciendo una profunda reverencia, se volvieron á sentar para aguardar la respuesta.

Conferenciaron entre sí los senadores, y el presidente respondió en estos términos:

—El senado, jefe supremo de la república tlaxcalteca, acepta con gratitud la proposicion de los zempoales y totonaques, sus confederados.

«Necesita, sin embargo, algun tiempo para deliberar acerca de la respuesta que está en el caso de dar al jefe de los extranjeros.

«Podeis, pues, retiraros y esperad.»

Obedecieron los zempoales, se encaminaron á su hospedaje, y los senadores quedaron en sesion para discutir acerca del partido que debian tomar en aquella situacion.

Lo que allí sucedió es una prueba muy evidente de que la humanidad es siempre la misma, bajo cualquiera de las formas en que se ha presentado en el mundo.

Dieron, pues, al principio gran importancia á la llegada de los extranjeros.

Estimáronle desde luego como dignos de las mayores consideraciones.

«Pero á medida que cada cual fué expresando sus ideas particulares, se establecieron diferencias entre ellos.

Defendian unos que se permitiese á los españoles pasar por la república, sin molestarles en lo más mínimo.

Opinaban otros, que siendo una raza diferente á la suya, debian declararles la guerra y destruirlos de una vez para siempre.

Otros accedian á que se les permitiese el paso; pero por las fronteras de la república.

En medio de aquella confusion, el más anciano, el presidente del senado, Magiscatzin, habló de esta manera, segun refiere la historia más autorizada de la conquista de México:

«Bien sabeis, nobles y valerosos tlaxcaltecas, que fué revelado á nuestros sacerdotes en los primeros siglos de la antigüedad, y se tiene hoy entre nosotros como punto de religion, que ha de venir á este mundo que habitamos una gente invencible, gente que vendrá de las regiones del Oriente, y con tanto dominio sobre los elementos, que fundará ciudades movibles sobre las aguas, sirviéndose del fuego y del aire para sujetar la tierra.

«Y aunque entre la gente de juicio no se crea que han de ser dioses vivos, como lo entiende la rudeza del vulgo, nos dice la misma tradicion que serán unos hombres celestiales, tan valerosos que valdrá uno por mil, y tan benignos que tratarán solos de que vivamos segun razon y justicia.

«No puedo negaros que me ha puesto en gran cuidado lo que coinciden estas señas con la de esos extranjeros que teneis en vuestra vecindad.

«Ellos vienen por el rumbo del Oriente.

«Sus armas son de fuego.

«Casas marítimas sus embarcaciones.

«De su valentía ya os ha dicho la fama lo que obraron en Tabasco.

«Su benignidad ya la veis en el agradecimiento de vuestros mismos confederados.

«Y si volvemos los ojos á esos cometas y señales del cielo que repetidamente nos asombran, parecen que nos hablan al cuidado y vienen como avisos ó mensajeros de esta gran novedad.

«Pues ¿quién habrá tan atrevido y temerario, que si es esta la gente de nuestras profecías, quiera probar la fuerza con el cielo y tratar como enemigos à los que traen por armas sus mismos decretos?

«Yo, por lo ménos, temeria la indignacion de los dioses, que castigan rigurosamente à los rebeldes, y con sus mismos rayos parecen que nos están enseñando à obedecer, pues habla con todos la amenaza del trueno, y solo se ve el estrago donde se conoció la resistencia.

«Pero yo quiero que se desestimen como casuales estas evidencias, y los extranjerios sean hombres como nosotros; ¿qué daño nos han hecho para que tratemos de la venganza? ¿Sobre qué injuria se ha de fundar esta violencia?

«Tlaxcala, que mantiene su libertad con sus victorias, y sus victorias con la razon de sus armas, ¿moverá una guerra voluntaria que desacredite su gobierno y su valor?

«Esta gente viene de paz: su pretension es pasar por vuestra república: no lo intentan sin nuestro permiso. ¿Dónde está su delito? ¿Dónde nuestra provocacion?

«Llegan á nuestros umbrales fiados en la sombra de nuestros amigos, y perderemos los amigos por atropellar á los que desean nuestra amistad.

«¿Qué dirán de esta accion los demas confederados?

«¿Y qué dirá la fama de nosotros, si quinientos hombres nos obligan á tomar las armas?

«Ganárase tanto en vencerlos como se perderá en haberlos temido? Mi sentir es que los admitamos con benignidad, y se les conceda el paso que pretenden.

«Si son hombres, porque está de su parte la razon.

«Y si son algo más, porque les basta para razon la voluntad de los dioses.»

Habia entre los senadores uno jóven, valiente, de talento.

A pesar de sus pocos años, su calidad le habia elevado al primer puesto militar de la república.

Los aplausos, las ovaciones de triunfo que obtuvo sobre los senadores Magiscatzin, proponiéndose á seguir sus consejos, quedaron destruidos por el discurso que pronunció Xicotencal, que era el senador á quien nos referimos.

Hé aquí tambien como refiere la *Historia de la Conquista de México* las palabras que pronunció contra los españoles aquel denodado guerrero:

«No en todos los negocios, dijo, se debe á las canas la primera seguridad de los aciertos; más inclinadas al recelo que á la osadía, y mejores consejeras de la paciencia que del valor.

«Venero, como vosotros, la autoridad y el discurso de Magiscatzin.

«Pero no extrañareis en mi edad y en mi profesion otros dictámenes ménos desengañados, y no sé si mejores; que cuando se habla de la guerra, suele ser engañosa virtud la prudencia, porque tiene de pasion todo aquello que se parece al miedo.

«Verdad es que se esperaban entre nosotros esos reformadores orientales, cuya venida dura en el vaticinio y tarda en el desempeño. No es mi ánimo desvanecer esta voz que se ha hecho venerable con el sufrimiento de los siglos.

«Pero dejadme que os pregunte: ¿qué seguridad tenemos de que sean nuestros prometidos estos extranjerios? ¿Es lo mismo caminar por el rumbo de Oriente que venir de las regiones celestiales, que consideramos donde nace el sol?

«Las armas de fuego y las grandes embarcaciones que vosotros llamais palacios marítimos, ¿no pueden ser obra de la industria humana, y que se admiran porque no se han visto?

«Y quizá serán ilusiones de algun encantamiento, semejantes á los engaños de la vista, que llamamos ciencia en nuestros agoreros.

«Lo que obraron en Tabasco, ¿fué más que romper un ejército superior? ¿Esto se pondera en Tlaxcala como sobrenatural, donde se obran cada día con la fuerza ordinaria mayores hazañas? Y esa benignidad que han usado con los zempoales, ¿no puede ser artificio para ganar á ménos costa los pueblos?

«Yo, por lo ménos, la tendria por dulzura sospechosa de las que regalan el paladar para introducir el veneno, porque no conforma con lo demas que sabemos de su codicia, soberbia y ambicion.

«Estos hombres, si ya no son algunos mónstruos que arrojó la mar en nuestras costas, roban nuestros pueblos, viven al arbitrio de su antojo, sedientos del oro y de la plata, y dados á las delicias de la tierra; desprecian nuestras leyes, intentan novedades peligrosas en la justicia y en la religion, destruyen los templos, despedazan las aras, blasfeman de los dioses, y se les da estimacion de celestiales?

«¿Y se duda la razon de nuestra resistencia?

«¿Y se escucha sin escándalo el nombre de la paz?

«Si los zempoales y totonaques los admitieron en su amistad, fué sin consulta de nuestra república, y vienen amparados en una falta de atencion que merece castigo.

«Y esas impresiones del aire y señales espantosas tan encarecidas por Magiscatzin, ántes nos persuaden á que los tratemos como á enemigos, porque siempre denotan calamidades y miserias.

«No nos avisa el cielo con sus prodigios de lo que esperamos, sino de lo que debemos temer; que nunca se acompañan de errores sus felicidades, ni enciende sus cometas para que se adormezca nuestro cuidado.

«Mi sentir es que se acabe de una vez con ellos, pues vie-

nen á nuestro poder señalados con el índice de las estrellas para que los miremos como tiranos de la patria y de los dioses.

«Y librando en su castigo la reputacion de nuestras armas, conozca el mundo que no es lo mismo ser inmortales en Tabasco que invencibles en Tlaxcala.»

En vista de las observaciones de Xicotencal, acordó el senado que este guerrero reuniese sus tropas y saliese al encuentro de los españoles; si los vencía, la gloria de la república llegaría á su mayor apogeo.

Si eran vencidos, habria entónces lugar á tratar de la paz, atribuyendo para con los españoles la direccion de la guerra á la influencia de los otomíes.

La primera resolucion que acordaron, y que llevaron á efecto inmediatamente, fué la de aprisionar á los zempoales, acto que consumaron con gran asombro de éstos.

Las dificultades empezaban á amenazar á la fortuna, que hasta entónces habia sido inseparable compañera de Cortés.